

aparentemente se disipaba, á imaginar tormentos, á inventar martirizadoras venganzas, para el único ser que solo había sido débil para quererlo. Ni por un momento se figuró que otro seria el causante de su sufrimiento, no quizo pensarlo, por que ese "otro" debía ser insensible á su irrisorio desprecio é invulnerable á sus intentos y este desprecio, que era lo único de que él podía disponer, la única arma que podía esgrimir, había que darle el empleo que la muerte le inspiraba, había que utilizarlo en donde pudiera herir y solo en su mujer podiacausar ese efecto y allí.....allí iba.

---

#### CAPÍTULO VI.

Luisa cayó al suelo sin conocimiento. La sangre que brotaba de la herida que se causó al caer, formó un charco que mojaba y se adhería á sus cabellos y á sus vestidos. En supinación lateral, se encogía en sí misma, y sus manos y su brazo derecho se adherían también al piso, por la vizeosa acción de la sangre. Así permaneció poco más de una hora, en aquel abandono paulatino de la vida.

El policia encargado de guardar la puerta interior y encargado también de darle alimentos, un buen hombre á quien le inspiraba una profunda lástima la situación de Luisa, abrió la puerta para informarse con ella si necesitaba algo. Grande fué su sorpresa cuando la vió

tirada en el suelo. Se dirigió á ella hablándole, llamándola, inspirado por honda conmiseración, con los más dulces calificativos que se le ocurrían y que eran los que en sus ratos de familia les dirigía á sus hijos. Primero la llamó—¡Doña Luisa! ¡Doña Luisita! Viendo que no contestaba la volvió á llamar—¡Luisita, hija! Hijita! Hijita! Levántese. ¿Qué le pasa? ¿Qué tiene?

Cuando trató de levantarla y sus manos se impregnaron de sangre, se asustó y creyó encontrarse con una muerta. Estuvo suspenso unos segundos, luego tomó una resolución, se separó de Luisa, junto á la que estaba arrodillado, y se dirigió violentamente á la puerta para salir á pedir auxilio. En ese momento un temor asaltó su cerebro, escalofriándole los nervios.

—¡Si fueran á creer que él la había matado!— Este temor lo inmovilizó por un instante, pero luego, reaccionando rápida y brutalmente en él, le inspiró un deseo furioso de huir de allí; de alejarse antes que se supiera la muerte de Luisa y lo tuvieran á él como el matador. El sabía muy bien, y en ese momento se le presentaron á la memoria con una elocuencia aterradora, los numerosos casos que conocía de hombres encarcelados sin motivo real, inocentes que

sufrían años y años sin esperanza de libertad. Se veía entrar á la cárcel y permanecer allí sabe Dios hasta cuándo.—¿Sus hijos? ¿Su mujer?

Iva yá á poner en práctica la fuga cuando una nueva invasión de lástima lo hizo volver á donde estaba Luisa. La palpó. La llamó de nuevo. Luisa abrió los ojos y se quejó debilmente. El policía le preguntó con un cariño rudo pero profundamente tierno, ¿qué le había pasado?

—No sé—susurró apenas.

—¿Quiere levantarse? ¿No le mortifica qué yo la cargue? Lo hago de buen corazón. No tenga cuidado.

La ruda bondad de aquella alma se revestía de delicadeza para no lastimar el pudor de Luisa.

Por contestación ella probó sentarse y no pudo; entonces él la cojió con un brazo por la espalda y el otro se lo pasó por las corvas, levantándola con la ternura dulcísima con que lo hacía con sus hijos. Suavemente la tendió en el lecho, acomodando su cabeza en la almohada. En el suelo quedó perfilada en sangre la supinación en que estaba el cuerpo de Luisa.

El pobre hombre temblaba agitado por la emoción y la dolorosa ternura que le inspiraba

aquella mujercita. Instintivamente se limpiaba la sangre de sus manos en el pantalón y casi estaba próximo á arrodillarse y llorar.

La sangre se había estancado en la herida y formaba en el temporal derecho de Luisa una corteza oscura, compacta de cabellos; manchaba el carrillo y en el cuello formaba una capa hendida por las quebraduras producidas, al endurecerse, por las flecciones de la piel.

En el ánimo del buen hombre había desaparecido el temor ahuyentado por la conmiseración. Se dirigió á la puerta para salir y procurarse auxilios para Luisa, pero al traspasar el dintel y al dirigir sus miradas al pasillo, se quedó aterrado. Casi enfrente de él se encontraban el Cashier, Ojos de Perro, el Juez Castañeta, Robleda, dos testigos de asistencia que acompañaban al Juez y detrás de ellos; el Jefe de la Policía y varios de sus secuases.

El pobre hombre se vió perdido, renaciendo en él el temor que le había asaltado cuando vió á Luisa sin conocimiento. Tuvo un movimiento impulsivo para repeler el ataque de que se creía segura víctima y llevó violentamente la mano á la pistola que portaba en la cintura, pero en ese momento el Cashier sin notar nada de aquello, le preguntó en voz baja, casi confidencial:

—¿Qué tal está esa mujer?

—Está muy mala, Señor.—le contestó ya enteramente tranquilo, haciéndose cargo de lo vano de sus temores.

—¿Pues qué le ha pasado? Dígame.

—No sé. Hace un momento entré yo á verla y á preguntarle que se le ofrecía y la encontré tirada en el suelo, toda llena de sangre.

El Cashier palideció al oír aquello.

—¿Y qué hizo Vd.?—interrogó.

—Luego que la ví así, desmayada, como muerta, le hablé y solo abrió los ojos; despues la levanté y la acosté en la cama. En esto estaba cuando salí á pedir auxilio y llegaron VV.

—Á ver. Déjenme entrar.—dijo Castañeta.

Entró, chupando un cigarro de hoja de maíz y casi á tientas, por la oscuridad, se dirigió al lecho. Palpaba con las manos y al tocar el cuerpo de Luisa, se detenían en sus piernas, apretando con delicia de sátiro las durezas de aquella carne jóven.

—Vamos á ver, Hijita. Qué te pasa? ¿Qué tienes? Hijita.—entonces su mano se posaba temblorosa por la lascivia en los pechos de Luisa. El viejo aprovechaba las oportunidades.

Al principio ella estaba como idiota, insensible, pero luego se dió cuenta de lo que pasaba

y enderezándose rápidamente, en un esfuerzo supremo de indignación que casi concluía con su vida, rechazó con sus manos á Castañeta; luego, al componerse la falda que no le cubría los piés, le gritó:

—¡Retírese de aquí! ¿Qué quiere? ¿Qué quiere? ¡Retírese! Vd. no tiene derecho para venir á tocarme.

En ese momento entraron todos al cuartucho y Ojos de Perro alzó la cortina de la ventana que daba al exterior destacando brutalmente la luz, el cuadro que se desarrollaba en la sombra. El viejo Castañeta todavía con las manos extendidas hacía Luisa con el aspecto de borracho líbrico que ya le conocemos; la sucia gorilla cubriéndole su cabeza de macaco lascivo, las gafas sobre la nariz boluda, husmeando cínicamente la hembra; los bigotes puercos cayendo sobre el cigarro; todo él roñoso, repugnante. Luisa sentada en el catre, erecta con fiereza, rechazando con sus manos aquella bestia vieja libidinosa, con los ojos chispeantes de cólera y toda cubierta de sangre, la que le sombreaba la cara dándole el aspecto de una asesinada. Todos quedaron suspensos y aterrados, inmóviles, ante aquel crimen en él que cada una era actor y que les abofeteaba el rostro al presentárseles tan re-

pentina é inesperadamente. Por sus cerebros cruzó violenta la conciencia de su infamia y á pesar de todo, quedaron, por un momento, como anonadados ante aquel cuadro que era el crimen de todos juntos. Fué cuestión de un instante, luego se repusieron y la reacción de su real y natural aspecto volvió á ellos, pero todavía pudo tomarse en cuenta el conjunto de aquellos miserables entre los que se destacaba como una nota extraña que disonaba en aquel concierto de bribones, la fisonomía del policía que cuidaba á Luisa.

—¿Y ahora qué hacemos?—preguntó Ojos de Perro, yá con su natural y canallesca altivez.

—Creo será bueno llamar al Doctor—insinuó el Cashier.

—¡Anda! ¡Anda! Dí. ¿Qué te ha pasado? ¿Qué te sucede?—interrogó el Juez á Luisa, fingiendo que no había pasado nada.

—No sé—contestó ella secamente.—¿Tienen VV. la bondad de dejarme sola? ¿No están VV. hartos?—prosiguió en inglés—¿con los martirios que me han hecho sufrir? ¿Todavía les queda ánimo para venir á hacerme sufrir vergüenzas, aquí donde me estoy muriendo? . . . . .

No pudo más, ¡su cuerpo cayó en el lecho, hundiendo su cabeza en la almohada y cerró los

ojos.

Aquellos hombres quedaron perplejos, creyendo que podía morirse y la verdad hay que decir, en favor de sus magnánimos corazones, que ellos no querían tanto, más cuando entonces resultaba inútil lo que habían "trabajado" encarcelando á aquella mujer que á buena hora se les presentaba llena de sangre y desmayándose. Ojos de Perro miró con cólera á Castañeta y le dijo:

—"It's your fault"—y lo confundió con su desprecio.

Castañeta abrió la boca babosamente fingiendo idiotismo, como tenía costumbre de hacerlo cuando lo pateaba Ojos de Perro ó cualquiera otro de los amos.

El Cashier estaba densamente pálido. Salió; habló con el Jefe de la Policía quien fué á llamar al Doctor. Pocos momentos después llegó éste, quien ya enterado de lo que pasaba, traía consigo unos paquetes de curaciones de Lister. Un ayudante venía ocupado con dos grandes irrigadores de vidrio, un frasco lleno de líquido antiséptico y varios paquetes de algodón absorbente.

Trajeron una mesa y colocaron en ella las materias curativas. Entre tanto, habían salido

todos, permaneciendo solo el Médico y su ayudante, un hombre de aspecto bestial y cuyas miradas de bruto lascivo se fijaban á veces detenidamente en el cuerpo de aquella pobre mujer, cuyas formas modelaba el vestido caído flojamente sobre ella en aquel abandono de su profunda debilidad.

El Médico, un americano corpanchón, rubio, casi rojo, de mentón saliente y de barbilla de un Meñstófeles tonto, tenía el aspecto de un hombre embrutecido por la excesiva robustéz física. De una manera sospechosa había procurado vigorizar á Luisa á fuerza de inyecciones de morfina, en los continuos accidentes nerviosos que había sufrido en aquellos cuatro días. Había aprovechado todas las oportunidades posibles para suministrarle el narcótico en pociones ingeribles y con marcado disgusto la aplicaba en inyecciones subcutáneas. Más tarde, Castañeta fué el primero en comprender y apreciar las consecuencias de aquella conducta del Doctor, cuando se dió cuenta que la morfina, al ser bebida, produce parálisis de las funciones del estómago y el Doctor lograba de esa manera, no solo debilitar el cerebro y el sistema nervioso de Luisa, sino que, paralizando el estómago, no debía sentir hambre y al no tomar natural-

mente, alimentos, la debilidad debía acentuarse y de ese modo ayudaba á los propósitos de la justicia; matando, con la debilidad, la enérgica rebeldía ó la resistencia de aquella mujer, circunstancias que prevenían y razonablemente tomaba en cuenta. Todo ésto lo pensaba y lo ejecutaba el honrado Doctor, primero: por que era un súbdito incondicional del buen Rey y cumplía un sagrado deber en hacer aquello que coadyubara á sus grandes combinaciones y luego . . . ¡la justicia! Indudablemente que ayudaba á la justicia orillando á la lairona á la confesión de su crimen. Porsupuesto que todo ésto bajo el secreto profesional.

Luego que colocaron en la mesa los paquetes y frascos y viendo que Luisa permanecía sin conocimiento, sacó el Doctor su jeringa de Pravast y despues de disolver en un vaso, previamente acéptico, una pastillita de "cafeina," absorvió el líquido con la jeringa y, descubriendo el brazo izquierdo, apretó fuertemente con sus dedos la región posterior musculosa del antebrazo abajo del músculo dentoide, para provocar la analgéria, y hundiendo en aquel lugar la sutil aguja introdujo rápidamente en la economía vital el alcaloide vigorizador.

Con aquella operación reaccionó la vitalidad

en Luisa y pudo enderezarse en el catre. En seguida, asistido por su ayudante, procedió el Doctor al lavado y curación de la herida de la cabeza, hasta que todo quedó concluido, quedando Luisa perfectamente limpia de la sangre coagulada que tenía en el cabello y la cara. Densamente pálida, cadavérica, pegada la piel de la cara en los huesos, exangüe hasta el extremo, sueltos los nervios y pareciendo que solo un mísero soplo de vida ondulaba perdido en aquel organismo agotado y próximo á la muerte. El vendaje que le cubría la herida, envolvía la cabeza y se extendía por la frente, ocultándola hasta el nivel de las órbitas, simulando un caso cuyo color blanco se prolongaba en la palidéz de la cara y daba extraño brillo, como una última flameación de la vida, á sus ojos grandes, verdes. . . . .

Cuando fué concluida la operación, Luisa quedó sentada en la cama, reclinada la cabeza en la almohada y el ayudante, por órden del Médico, al salir ambos del cuarto, se fué á llamar al Cashier, á Ojos de Perro y á los demás "caballeros"

No tardaron en llegar éstos, quienes habían estado esperando por indicación del mismo Médico, á que Luisa estuviera lista para practi-

car las diligencias judiciales que, previamente, Castañeta había ordenado como Juez y para lo que había convocado á todos aquellos Señores, por creerlo conveniente, como se dice en jergonza de tinterillos, para el esclarecimiento del hecho criminal que la justicia trataba de poner en limpio.

En realidad, el accidente que le había pasado á Luisa les había contrariado mucho, por que tuvieron que esperar á que fuera curada, pero Castañeta les hizo entender que aquella circunstancia favorecía sus propósitos. El conocía por su larga práctica de Juez, que un preso que ha permanecido tres días incomunicado y mal asistido, sin comer es mucho mejor, confiesa sin reticencias en contestaciones afirmativas ó negativas, todo lo que se quiere que confiese. Era indudablemente providencial lo que le había pasado á Luisa, pues añadiendo á la falta de alimentos y á la terrible postración moral que era consecuente á su apresamiento, la debilidad producida por la pérdida de sangre la ponía en las precisas y necesarias condiciones propicias al intento que ellos se proponían. Todos convinieron, como hombres prácticos, en que Castañeta sabía lo que traía entre manos.

Tal vez haya alguno que dude lo que se narra

en esta novela, pero si desea asegurarse de que ésto es verdad, puede creer que no le costará mucho trabajo en convencerse que, lo que aquí se escribe es real y verdadero, pues fácil le será averiguarlo y aún más, que todavía hay crímenes más graves que los que aquí se describen. Esperamos seguir adelante en el camino de decir la verdad, sea quien fuere él que se ofenda ó se perjudique con ésto; es probable que el autor de esta novela sea el más perjudicado por las persecuciones que tal vez tenga que sufrir, pero para él..... venga lo que venga y disimúlese la digrección.

Volvieron los "nobles caballeros" al cuarto de Luisa. El Jefe de la Policía trajo algunas sillas y quedaron instalados, llenando casi por completo la pequeña estancia, ahora inundada por la luz que entraba á torrentes por la ventana, como si toda la claridad del día se condensara en los hazes luminosos que penetraban al cuarto y que directamente iban á chocar en el campo ocupado por Luisa, exhibiéndola y presentándola en su completa debilidad, á la inquisición de aquellos hombres.

El Juez había acercado á la cabecera de la cama la mesa que había servido al Médico y ponía sobre ella unos papeles, tintero y plumas;